

Josep Fontana hoy y mañana: su lugar en la historia de la historiografía

*Josep Fontana today and tomorrow: his place
in the history of historiography*

Carlos Forcadell Álvarez
Universidad de Zaragoza

Resumen

El lugar de Josep Fontana y de su obra en la historia de la historiografía vendrá determinado principalmente por su dimensión, presencia, e influencia profesional a lo largo de más de medio siglo; con el tiempo ocupará en ella un espacio tan consistente como significativo. Esta intervención recuerda y analiza sus tres principales dedicaciones profesionales, docente y maestro, historiador e investigador de gran altura, editor de enorme influencia y repercusión, que desempeñó con rigor, esfuerzo y pasión, y por las que será recordado y resistirá muy bien el filtro del paso del tiempo, y sostiene que sus compromisos ciudadanos y políticos con su presente, como en el caso de otros grandes historiadores, irán teniendo una importancia progresivamente menor a la hora de valorar su obra.

Palabras clave: Josep Fontana, Historia de la Historiografía, enseñanza e investigación de la historia, edición y recepción, historiografía europea, compromiso cívico y político.

Abstract

The place of Josep Fontana and his work in the history of historiography shall be determined mainly by its dimension, presence and professional influence for over more than half a century; it will eventually fill a space of its own which will be as consistent as it is significant. This intervention recalls and analyzes the three main professional occupations that he carried out with rigor, effort and passion and for which he will be remembered and will stand the test of time perfectly: a teacher and a master, a highly prestigious historian and a researcher of recognized international standing and an editor of enormous influence and impact. It also maintains that his civic and political commitment to his present, as it is the case with other great historians, will gradually become less important when evaluating his work.

Keywords: history of historiography, historical research, teaching of history, editor, European historiography, civic and political commitment.

Conviene situar esta evocación atendiendo preferentemente a la dimensión más profesional de Josep Fontana, como profesor y maestro, un auténtico *maître à penser*, en expresión prestada de nuestros vecinos del norte, como extraordinario e irreplicable investigador de nuestro pasado contemporáneo, especialmente del siglo XIX, como editor y difusor de la historiografía europea, más de la británica pero no solo de ella, y editor también, no hay que olvidarlo, de numerosas investigaciones históricas, iniciáticas en muchos casos, como en los de historiadores e historiadoras de mi generación y de las siguientes. Desempeñó esas tres principales dedicaciones profesionales, docente y maestro, historiador de mucha altura, editor de gran influencia y repercusión, con rigor, esfuerzo y pasión, y por ellas será recordado y resistirá muy bien el filtro del paso del tiempo. Se trata de comenzar a situar su obra, lamentable y dolorosamente hoy ya finalizada, clausurada, en la Historia de la historiografía, en la que ocupará un lugar tan consistente como significativo. El paso y el poso del tiempo lo harán en el futuro mejor que nosotros, que estamos más contaminados por la memoria próxima, por nuestra condición de testigos, por las urgencias del presente, incluso por los afectos que nos merecía un maestro que trató a tantas personas con exquisito respeto, generosidad y afectuosa atención y disposición. No es necesario rehuir otros temas más polémicos, intervenciones públicas en debates recientes, algunos, antaño y hogaño, a cara de perro, con otros compañeros de profesión, militancias o presencias públicas ciudadanas de diverso signo entre el pasado y el presente, pero acabarán siendo asuntos más vanos, secundarios y banales, y lo serán más, a no dudarlo, cuando el tiempo por venir vaya construyendo su lugar en la historia de la historiografía española de la segunda mitad del siglo XX.

En todo caso, nuestra perspectiva procura ajustarse más a su dimensión profesional como historiador que enseña, investiga, escribe y difunde.

En las primeras clases de Historia económica que impartíamos desde finales de los años setenta en la recién creada Facultad de Empresariales de la Universidad de Zaragoza, yo recurría a un recurso didáctico muy simple para explicar la genealogía de la Historia Económica entre nosotros: era la llamada «regla de las tres V», Valdeavellano, Vicens y Vilar. Luis García de Valdeavellano (1904), medievalista desde sus contactos con Claudio Sánchez Albornoz en los años treinta, historiador de las instituciones, catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense desde 1954, había dirigido la tesis de Gonzalo Anes^[1], primer catedrático de Historia Económica de la Universidad española, con quien se formó el primer núcleo de historiadores de la economía en Madrid (Gabriel Tortellá, Leandro Prados...); Pierre Vilar (1906) y Jaume Vicens Vives (1910) alumbraban por su parte la primera historiografía económica elaborada desde las universidades de Barcelona, desde un cruce de influencias en cuya primera generación se encuentran Jordi Nadal (1929) y Josep Fontana (1931), y a partir de aquí una potente comunidad de historiadores y docentes de Historia Económica en Cataluña, que se dio en llamar en tiempos Escuela de Barcelona.

Quienes no tuvimos la oportunidad de conocer a Fontana como profesor ni de asistir a sus clases sí que percibíamos en sus numerosas y variadas intervenciones públicas su vocación por la enseñanza y sus capacidades docentes, con sus dosis de

1.- La defendió en 1966 sobre el tema de «Problemas de la agricultura española en el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen» y la publicó posteriormente como *Las crisis agrarias en la España Moderna*, Madrid, Ed. Taurus, 1970.



Josep Fontana en su despacho en el año 2017 (Foto: Enric Catalá, fuente: eldiario.es).

recursos y cálculos retóricos; por otra parte nadie, que yo sepa, nos ha transmitido cómo era el profesor en sus clases, lo cual forma parte de un hecho más general como es el de que las biografías de los grandes historiadores atienden a cualquier dato o información del biografiado, desde su infancia y formación hasta el despliegue de sus investigaciones, ilustrado, en el mejor de los casos, por correspondencia postal cuando se conserva, relegando del conjunto del paisaje biográfico profesional de un profesor algo tan elemental, previo y significativo como las características de la labor docente, las materias que explicaba y la manera de hacerlo, aspectos que son clave a la hora de establecer redes discipulares, y que suelen estar en el origen de vocaciones, investigaciones, publicaciones, intervenciones públicas...

Podríamos mencionar alguna excepción, con el ánimo de suscitar recuerdos de la docencia de Josep Fontana en muchas generaciones de alumnos todavía activos, referida en este caso a su maestro Vicens Vives, una fuente literaria en la que Esther Tusquets

rememora que «las clases de Vicens Vives eran formidables, solo por ellas merecía la pena haber pasado por la Universidad. Todas las noches leía un libro entero, y a veces lo comentaba al llegar. A mí me encantaban sobre todo sus sorpresas, sus salidas inesperadas, que te tenían todo el tiempo en vilo. Después de haber estudiado a fondo la figura de Napoleón [...] entrabas en clase con la cabeza atiborrada de fechas y datos y Vicens Vives te hacía la primera pregunta: ¿en qué momento empezó a engordar Napoleón? Te descolocaba y te obligaba a rebobinar y empezar de nuevo desde una perspectiva distinta. O después de pasar un rato intentando descubrir por qué había cambiado la actitud de los industriales y de la alta burguesía catalana, tras un encuentro con la Regente, y pasar revista a todos los motivos políticos, y sobre todo económicos, Vicens Vives se reía de nosotros: pero, acaso no habéis visto retratos, ¿nadie se ha fijado en que María Cristina era muy guapa?»^[2].

2.- Esther Tusquets, *Confesiones de una vieja dama indigna*,

Sí que nos consta, por numerosos testimonios personales de alumnos y discípulos, el rigor con que se las preparaba, así como el hábito y la deferencia, trasladada a otras extensiones de la docencia, en forma de conferencias, tribunales de tesis, presentaciones de libros, etc. a las que nunca o muy difícilmente se negaba, de llevar sus intervenciones escritas, independientemente de la magnitud de la convocatoria, desde un congreso académico a centros de estudios locales o institutos de enseñanza media desperdigados por la geografía catalana y española. Tampoco repetía sistemáticamente cursos, materias, programas y temas, en la mejor tradición de los grandes maestros, un habitus pedagógico que se va perdiendo entre las exigencias de planes de estudios rígidos, las invitaciones a la comodidad, y el relegamiento de cualquier mérito docente en la construcción de currículums académicos; Fontana tenía, en cierto modo, una concepción y una práctica artesanal de su oficio de historiador, en el que su docencia, como su investigación, eran producto y resultado de un trabajo de lectura, estudio y escritura cuya dimensión a muchos parecía abrumadora, dedicaba mucho tiempo a preparar nuevos programas y asignaturas, de modo que, a título de ejemplo, a su *Europa ante el espejo* (1994), publicada simultáneamente por cinco grandes editoriales europeas en cinco idiomas, le dedicó una práctica docente específica previa en cursos de doctorado durante los primeros años noventa, como será el caso de otras muchas publicaciones, elaboradas desde la práctica y el filtro de la docencia³¹. Hay que subrayar que los estudios de historia de la historiografía, estimulados por el paso del tiem-

po, han de recurrir a materiales de archivo, guías docentes, expedientes académicos, archivos y correspondencias personales, si los hay, lamentando en muchos casos la desaparición de testimonios personales de los que hubiera sido muy oportuno y útil disponer en su momento.

Como historiador profesional su partida de nacimiento se encuentra en *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820). La crisis del Antiguo Régimen en España*, cuya primera edición es de 1971, producto de una tesis doctoral presentada el año anterior bajo la tutela y dirección de Fabián Estapé, catedrático de Política Económica en la Facultad de Ciencias políticas y Ciencias económicas de la Universidad de Barcelona, de la que fue Rector entre 1969 y 1971, a la hora de dirigir y presentar la tesis de un historiador ya maduro y acreditado, que había sido expulsado de la misma, junto con otros compañeros, en 1966. El libro desarrollaba un modelo ambicioso de explicación de la crisis del Antiguo Régimen que va mucho más allá de la historia política, pues «la excelente síntesis de Artola lo hace innecesario», e integra con eficacia fuentes y métodos de historia económica y social. Es un producto estricta y cuidadosamente académico, en el que no se esconden presupuestos teóricos de raíz marxista, aun sin hacer en ningún momento un alarde específico de los mismos desde los que buscan los complejos nexos que enlazan la evolución económica y los hechos políticos: «El proceso económico ha influido en los hechos políticos a través de la mediación de los enfrentamientos de clase y de la formación de unas concepciones ideológicas articuladas sobre ellos» (p.13). Ese es el marxismo abierto, aprendido y elaborado desde su estancia juvenil (1956-1957) en la Universidad de Liverpool al lado del historiador modernista John Lynch (1923-

Barcelona, Ed. Bruguera, pp. 343-344

3.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo* Barcelona, Ed. Crítica, 1994, en la colección «La construcción de Europa», que se publicaba simultáneamente en Editions du Seuil, Laterza, C.H. Beck y Basil Blackwell (Paris, Roma, Munich, Oxford).

2018)^[4], necesariamente tácito hacia 1970, sobre todo si se pretendía hacer carrera académica, una inserción universitaria que debía pasar casi obligadamente en aquel tiempo por el nuevo territorio disciplinar de la historia económica, pues las facultades de historia, también la de Barcelona, eran reductos de otro régimen que todavía no había quebrado, de tal modo que Josep Fontana pudo obtener en 1974 la cátedra de historia económica de la Universidad de Valencia. A la altura de 1971, los agradecimientos que expresa en el prólogo al libro adquieren la significación de eslabones historiográficos tan significativos como indiscutidos: a quienes le enseñaron el oficio de historiador, Vicens Vives, Pierre Vilar y Ferrán Soldevila..., a compañeros generacionales como Jordi Nadal, a sus primeros alumnos, Ramón Garrabou, Jaume Torras, Nuria Sales..., y «más que nadie me ha ayudado, de todas formas posibles y especialmente con su estímulo Gonzalo Anes», que había formado parte de su tribunal y fue el primer catedrático en el escalafón de la Historia económica.

Ricardo Robledo afirma que *La Quiebra de la Monarquía absoluta* fue uno de los tres libros que «armaron la historia socioeconómica española durante decenios»^[5]. A la hora de su jubilación (2002) se celebraron

4.- Vid. una pequeña autobiografía intelectual en la entrevista que le hace José Gómez Alén en la revista *Nuestra Historia*, FIM, 2017, nº 3, pp. 163-188: «Fue entonces cuando descubrí, trabajando en la Universidad de Liverpool, la historiografía marxista británica, que vivía en los años cincuenta y sesenta unos momentos de vitalidad creativa, que culminaron con la aparición en 1963 de *The Making of the English Working Class* de E.P.Thompson y con la publicación por Eric Hobsbawm en 1964 del fragmento de los *Grundrisse* de Marx dedicado a las formaciones económicas precapitalistas».

5.- Ricardo Robledo, «Evocación de José Fontana», Blog *De Re historiográfica*, 2018. Los otros dos libros habrían sido *El fracaso de la revolución industrial* de J. Nadal (1974) y *Reforma agraria y revolución burguesa* de Malefakis (1971), los tres publicados por la editorial Ariel.

en el Institut Universitari d'Historia Jaume Vicens Vives, de la Universidad Pompeu y Fabra, unas jornadas de debate en torno a su obra que se centraron en el análisis de sus principales centros de atención y repercusión historiográfica que, a la sazón, eran la revolución liberal española (Ramón Villares), los temas e historiografía en torno a la historia y la cuestión agraria (Pedro Ruiz), la metamorfosis y características de la Hacienda nacional (Francisco Comín), la crisis y situación del comercio ultramarino con América (Antonio Miguel Bernal)..., es decir, los cimientos del programa de investigación presentes en *La quiebra...*, por los que circuló posteriormente buena parte de su presencia e influencia historiográficas y de su actividad académica en las últimas décadas del pasado siglo. O así se veía hacia el año 2002, incluso desde la universidad catalana, que recabó la colaboración, como relatores de sesiones para el homenaje jubilar, de reconocidos profesionales del conjunto de la geografía universitaria española, y no consideró necesario, entonces, abrir un apartado específico sobre historia de Cataluña o de la «identidad» catalana. Jaume Torras, en la presentación del volumen que recogió estas sesiones, ponía al homenajeado y a su obra como «ejemplo de compromiso con la proyección civil del conocimiento históricos» y alertaba, tempranamente y con buen tino, del riesgo de que el necesario cambio en la producción y en el conocimiento histórico «consista en pasteurizarlo y reducirlo a materia prima de amables e inocuos entretenimientos para el tiempo libre»^[6].

La persona y la obra de Josep Fontana, así como su monumental trabajo como editor, a la luz o en la sombra, son capitales para el proceso de recepción del marxismo

6.- José Fontana, *Historia y proyecto social*, Barcelona, 2004, Crítica y Universita Pompeu y Fabra, 298 pp.

historiográfico en España a partir de los años sesenta y para la notoria influencia del mismo en la historiografía de las décadas siguientes. El redescubrimiento del marxismo teórico en España está, en gran parte, vinculado al trabajo de Manuel Sacristán como traductor y ensayista. A él se debió la iniciativa de traducir y editar el primer libro de Karl Marx publicado legalmente en España bajo el franquismo, el volumen que, con el título de «Revolución en España», recoge las colaboraciones de Marx y de Engels sobre nuestro país en *New York Daily Tribune*. De 1966 es su segunda edición, con traducción, notas y prólogo revisado del mismo, que mientras trabajaba en ello fue expulsado de la docencia universitaria en 1965, unos meses antes que el propio Fontana. Por entonces Sacristán trabajaba, precisamente, en la editorial Ariel. Como recuerda Gonzalo Pontón, «a principios de aquella década sorprendente» Manuel Sacristán había empezado a colaborar con Ariel y en 1965 nos propuso iniciar «Ariel quincenal», una colección de libros de ensayo, a muy bajo precio, 50 pesetas, en la que se fueron publicando los grandes nombres que se editaban en el mundo exterior: Marx, Keynes, Russell, Adorno, Lange... «La lista de autores que tradujo bajo su propio nombre es impresionante: Marx, Engels, Lukács, Gramsci, Adorno, Hull, Quine, Galbraith, Bunge, Copleston, Havemann, Dutschke, Dubcek, Korsch, Marcuse, Schumpeter, Frege, Piaget, Pigou, Marcuse, Dubcek, Althusser, Chomsky, Galbraith... Tratábamos de remedar con el ensayo la tarea que Javier Pradera estaba llevando a cabo con el «Libro de bolsillo», de Alianza editorial»^[7]. Pocas colecciones tuvieron un papel tan importante en la formación de varias generaciones de jóvenes estudiantes

7.- Gonzalo Pontón, «Tiempo de aprendizaje», en *Artes del ensayo. Revista Internacional sobre el ensayo hispánico*, 1 (2017) p. 247 y ss.

como aquella «Ariel Quincenal», de la que el joven Fontana ya era asesor editorial, que sustituyó, en cuanto a educar en civilización se refiere, a las precarias enseñanzas de las universidades franquistas^[8].

Son unos años con perfil propio en este proceso de oposición intelectual y académica al franquismo, y de conocimiento y penetración de Marx, de todo lo cual Josep Fontana formó parte de forma destacada. En 1968 Alianza Editorial publicó los *Manuscritos. Filosofía y Economía*, de Karl Marx, escritos en 1844 y desconocidos hasta 1932, con traducción y prólogo de Francisco Rubio Llorente, desde el Instituto de Estudios Políticos, pero de Caracas entonces, presidente de nuestro consejo de Estado entre 2004 y 2012. En octubre de 1969 se permitió reabrir a la editorial *Ciencia Nueva*, plataforma temprana de aportaciones y teoría marxista entre nosotros; fue una victoria efímera pues la editorial fue cerrada a finales de 1969. Aquella «década prodigiosa» acabo con un duro estado de excepción en 1969. Y conviene retener y subrayar que los nombres mencionados, Manuel Sacristán, Gonzalo Pontón, Javier Pradera, eran marxistas y militantes comunistas que fueron claves y fundamentales para la recepción del marxismo en la juventud española anti-franquista, que ni necesitaban ni podían en aquel momento presentarse como marxistas. En abril de 1976 Gonzalo Pontón, tras aprender el oficio de editor en Ariel, fundó la editorial Crítica, que publicó sus primeros libros en septiembre de aquel mismo año, a la que incorporó sus conocimientos y entusiasmos Josep Fontana, ya catedrático en Valencia, y en plena puesta en marcha de una transición política en la que era urgente compensar muchas carencias, así cultu-

8.- Fontana, militante del PSUC desde 1957, y Sacristán formaban parte del consejo de redacción de *Nous Horizons*, la revista cultural del PSUC, en la que publicó, con seudónimo, sus primeros trabajos.

rales como historiográficas y políticas; en ello tuvo un papel determinante la Editorial Crítica y las publicaciones y traducciones de historia que Pontón y Fontana orientaron durante más de tres décadas, entre 1976 y 2009, una tarea aun continuada por la editorial Pasado & Presente hasta hoy^[9].

La influencia de la editorial Crítica en la enseñanza e investigación de la historia moderna y contemporánea en España y en Latinoamérica en el último cuarto del siglo pasado y en la primera década del nuevo milenio es tan enorme como difícil de evaluar. Constituye una dimensión fundamental de la actividad y del legado intelectual y cultural de Fontana, una larga y coherente tarea que cambió, modernizó y europeizó las reglas de juego de la recepción en España de la historiografía europea y mundial recuperándola de sus atrasos y marginalización: eran los marxistas británicos (Thompson, Rudé, Hobsbawm, Hilton...), pero también los debates centrales de la historiografía europea (Dobb, Brenner), e historiadores franceses como Pierre Vilar, de cuya síntesis de historia de España se llegaron a vender medio millón de ejemplares, o Labrousse, Vovelle o Marc Bloch, alemanes (Kossok), cubanos (Moreno Fraguinals), polacos (Kula), italianos (Cipolla)... etc., pero también la acogida a jóvenes historiadores que presentaban sus primeras investigaciones, doctorales en muchos casos, a finales de los setenta y principios de los ochenta: Maluquer de Motes, Termes, López Garrido, Paniagua, Ángel Viñas..., incluyendo al firmante de estas líneas, un desconocido a quien recibieron Pontón y Fontana en la sede de la editorial después de haberles hecho llegar por correo postal el índice de su tesis, quien recuerda estar

9.- Lo cuenta Fontana en el prólogo al extraordinario libro de Gonzalo Pontón, *La lucha por la desigualdad. Una historia del mundo occidental en el siglo XVIII*, Barcelona, Pasado & Presente, 2016, p. 11.

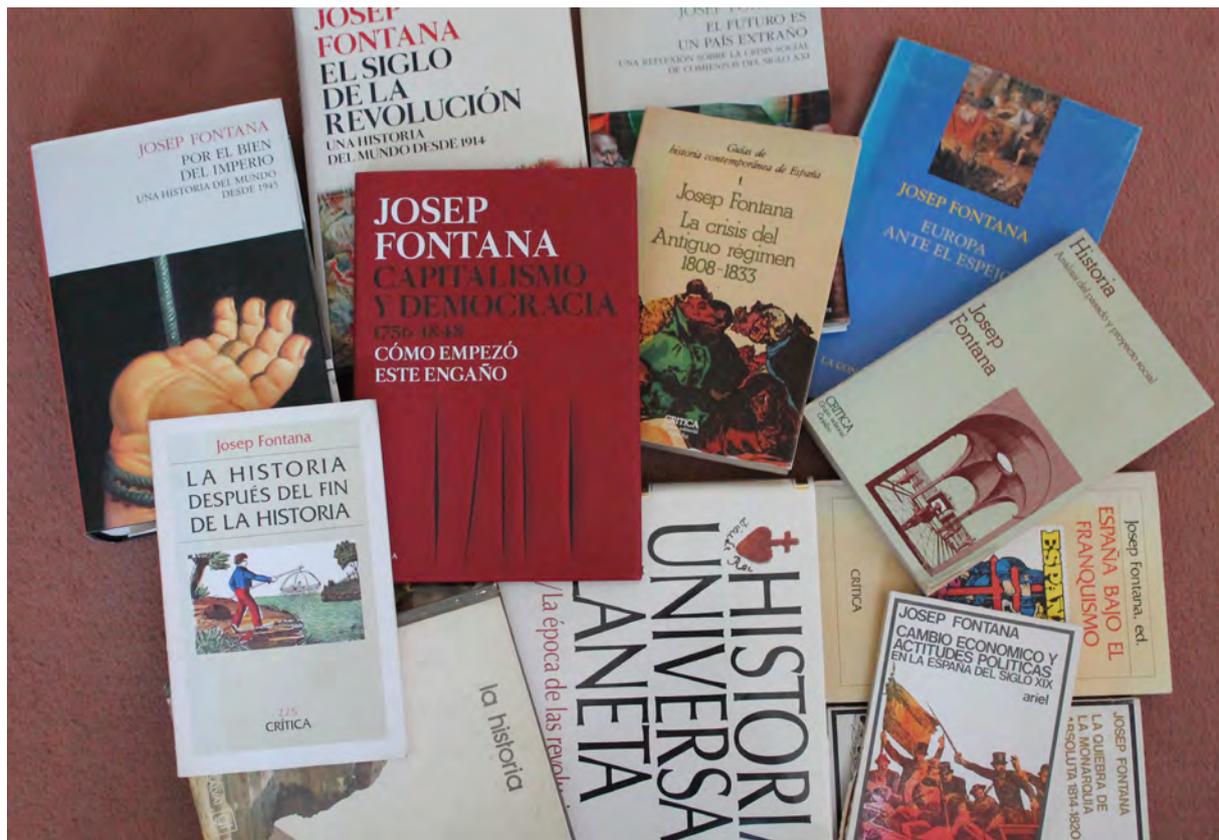
en una sala de espera acompañado de una dama que resultó ser la medievalista Reyna Pastor, recién exiliada de Argentina (1976).

Y son estos los principales legados del trabajo de Fontana quien, en los años setenta y siguientes, en la madurez de su actividad docente, desde la Universidad Autónoma de Barcelona entre 1979 y 1991, y entre las intensas solicitudes de su oficio de editor y empresario, continuó publicando estudios académicos sobre temas específicos de historia económica en torno a la situación de la Hacienda pública española y su relación con la revolución liberal y la política, de modo que llegó a ser el mejor conocedor del estado español, especialmente en la primera mitad del siglo XIX^[10]. Con los años llegaría la hora de la síntesis, que, por lo que se refiere a esta dimensión de su investigación histórica, desembocó en un libro imprescindible sobre el periodo 1823-1834, que «forma parte de un proyecto que inicié hace unos treinta y cinco años con la intención de investigar la crisis del antiguo régimen español» y al que se proponía en el futuro dotar de una dimensión europea sobre los procesos de transformación de las sociedades europeas entre los años 1814 y 1848 «si me quedan tiempo y fuerzas para hacerlo»^[11].

Si la investigación preferente de Fontana se centró, desde los orígenes, en la primera mitad del XIX, cuando llegó el tiempo de las síntesis los horizontes fueron más amplios. El volumen V de la *Historia de Cataluña* dirigida por Pierre Vilar (1988) constituyó un correlato espléndido y bási-

10.- *Hacienda y Estado en la crisis del antiguo régimen 1823-1830*, Madrid, 1973, Instituto de Estudios Fiscales; *La revolución liberal. Política y Hacienda en 1833-1845*, Madrid, 1977, Instituto de Estudios Fiscales; *La Hacienda en la historia de España, 1700-1931*, Madrid, 1980, Ministerio de Hacienda.

11.- *De en medio del tiempo. La segunda restauración española 1823-1834*, Barcelona, Crítica, 2006.



Libros de Josep Fontana (Foto. José Gómez Alén).

co para sentar las bases de la historiografía sobre la sociedad catalana en este periodo; la dirección de la *Historia Universal Planeta* y su autoría del tomo 10 sobre *La época de las revoluciones* (1991) fue una buena síntesis de manual para el escenario europeo; en 2007 comenzó el ambicioso proyecto editorial coeditado por Marcial Pons y Crítica y codirigido con Ramón Villares, en el que fue autor del volumen 6 sobre «La época del liberalismo», una empresa colectiva, caracterizada por la pretensión común de «ofrecer una obra que represente lo que un grupo de historiadores de comienzos del siglo XXI piensa de la sociedad en la que viven», como se escribe en la introducción general que reproduce cada volumen; la obra parte de una concepción de la escritura de la historia de España que, si no unitaria, sí es lo suficientemente común y compartida como para intentar abordar un relato coherente

del pasado escrito a la altura historiográfica de nuestro tiempo, pensado desde un largo horizonte de experiencia para la mejor comprensión del presente. Todos los autores se proponen «establecer una visión de conjunto del pasado histórico español inspirada en la renovación historiográfica que ha tenido lugar en España desde los años setenta, que sea digna heredera de la tradición democrática y progresista que inspiraba obras como las de Altamira, Artola, Tuñón, Vilar o Vicens»^[12].

Los territorios del historiador Fontana fueron indistinta y cruzadamente Cata-

12.- *La fi de l'antic règim i la industrialització 1787-1868*, Vol. 5 de *Historia de Catalunya* dirigida por Pierre Vilar, Barcelona, Ed. 62, 1988; *La era de las revoluciones*, Vol. 10 de la *Historia Universal Planeta*, Barcelona, 1991; *Historia de España*, Barcelona, Crítica y Marcial Pons, 12 volúmenes, 2007-2013. Sobre esta empresa editorial vid. C. Forcadell, «Una nueva historia general de España para nuestro tiempo», en *Revista de Libros*, 148 (2009), pp. 24-26.

luña, España y Europa, y para trabajarlos hubo de dotarse de una extraordinaria disciplina de trabajo, una gigantesca erudición y un dominio bibliográfico abrumador. Naturalmente que este compromiso profesional iba unido desde el principio a un patente y explícito compromiso social y político, que podía acoplar a lo largo del tiempo a diversas formas y manifestaciones, desde las primeras raíces de su militancia en el PSUC entre 1956 y finales de los años setenta hasta su presencia cerrando la lista de Ada Colau de Catalunya en Comú en las elecciones municipales de 2015, pero siempre fue predominante y radicalmente prioritario lo que quedará y prevalecerá como la clave más central y auténtica de su obra: el cultivo y proyección del oficio de historiador, la pasión por la historia, el pensar históricamente, la capacidad de investigar la historia, de escribirla y difundirla.

En los años ochenta la madurez personal y profesional de Fontana, ya firmemente asentado tanto en la universidad como en el mundo editorial, coincide con un nuevo escenario en el que la transición política, cultural e historiográfica va avanzando, entre visibles resistencias, con más intensidad y rapidez en una Barcelona que está al frente de la renovación universitaria y es la capital editorial española sin discusión, también en la escritura de la historia. Es el momento de la publicación, 1982, de su libro *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, un gran éxito de ventas de la editorial Crítica, de enorme resonancia y, sobre todo, de uso habitual y masivo entre profesores y estudiantes durante los años ochenta. Supone, de algún modo, el tránsito y la superposición de la Historia académica a una paralela historia de combate, manifiestamente militante, posibles ya por el contexto de una naciente democratización política y cultural; el libro de 1982 contrasta muy visiblemente con el más aséptico con el que

había iniciado su incursión en el territorio de la historia de la historiografía: *La Historia*, publicado en 1974 por la editorial Salvat y que es un claro precedente del combativo libro de 1982, en cuya introducción el propio autor ya advertía sobre «la dureza de algunos de los juicios que aquí se formulan y que contrastan con las buenas maneras habituales en el mundo académico» (p.12).

Esa patente dimensión de historia militante ya mereció tempranas críticas, en caliente, de las que casi cuarenta años más tarde hoy encontramos continuidades y ecos, incrementados por la mayor debilidad del marxismo hoy, del marxismo historiográfico en particular. Santos Juliá comparó puntualmente a comentar la novedad en una reseña bibliográfica criticando que «un historiador de primera fila que a tantos enseñó a transitar por nuestro reciente pasado» relegara la historia y la historiografía a una mera función legitimadora y de apoyo del orden social gestionada por los historiadores en cada momento y periodo, entendiendo el discurso histórico y la tarea de los historiadores como herramientas para construir un nuevo proyecto y orden social, un renovado proyecto socialista^[13].

La demanda de que la Historia, «dejara de ser conocimiento libresco para recuperar su legítima función de herramienta para la construcción del futuro» era muy ambiciosa y la militancia teórica marxista muy directa y evidente, de modo que el libro fue criticado desde el momento de su aparición, más privada y discretamente por algunos historiadores, con más alardes y publicidad en otros casos. Ricardo Robledo nos informa que en el «Index» de libros prohibidos por el Opus Dei de 2003 alcanzó el nivel 6 («lectura prohibida. Para leerlo se necesita permiso del padre prelado»); otras

13.- Santos Juliá, «Un viaje en el Oriente Express de la historia», en *El País* (18 de julio de 1982).

publicaciones de Fontana de estos años habían merecido el nivel 5: «No se pueden leer, salvo con un permiso especial de la delegación»^[14]. En el campo de batalla de la Historia no faltaban combatientes.

Fontana ponía su enorme erudición y saber histórico al servicio de cierta urgencia militante que consideraba necesaria a principios de los años ochenta, cayendo en ocasiones en juicios demasiado sumarios y poco documentados. De los historiadores alemanes, escribe, por ejemplo, que «lo que en Alemania recibe el pomposo nombre de Historische Sozialwissenschaft no es mas que el viejo historicismo rejuvenecido con trasplantes de sociología conservadora norteamericana, controlado por el rígido sistema de vigilancias y censuras ideológicas heredadas del nazismo, que siguen en plena vigencia hoy» (p. 173); en el índice onomástico del libro se buscará en vano nombres como Koselleck, Wehler, Kocka, Pühle, y ni siquiera aparecen los jóvenes historiadores de la vida cotidiana, izquierdistas críticos con la Sozialgeschichte de sus mayores más enraizada en tradiciones demócratas y socialdemócratas (Kriedte). Yo mismo pude ser testigo de cómo Juan José Carreras le comentó con posterioridad, privadamente y con discreción, estas ausencias y estas descalificaciones simplistas, y de cómo Josep Fontana asumía su desconocimiento y apresuramiento en este

y en otros casos. Leído hoy, el libro adolece de esa condición militante y combativa, que del mismo modo que le proporcionó un impacto indudable en una coyuntura histórico cultural determinada, le ha hecho desaparecer de los estudios más acreditados de historia de la historiografía, aunque fue importante para la generación de estudiantes e historiadores de los años ochenta, para los profesores universitarios y docentes de enseñanza media que lo usábamos y recomendábamos. Fontana no oculta su convicción y objetivo: «el último capítulo de este libro se dedicará, precisamente, a la necesidad de repensar nuestros análisis del pasado para que podamos construir sobre ellos un nuevo proyecto socialista» (p. 246), y en su párrafo final llamaba a «rehacer la historia del capitalismo, no como una fase en el desarrollo de las fuerzas productivas, sino como una etapa en el de las formas de explotación, para entenderlo mejor y combatirlo más eficazmente» (p.263), una historia militante que con el tiempo ha envejecido irremediabilmente.

Pero Fontana nunca renegó de su marxismo historiográfico, como puede apreciarse en una de sus últimas intervenciones orales y escritas, en la que reconoce las influencias del marxismo británico, de Gramsci, o de Walter Benjamin, «que volvió a poner en circulación la exigencia de una historia no lineal»^[15], algo bien evidente también en las dos notables síntesis divulgativas a las que dedicó sus últimos esfuerzos, en las que no ocultaba su compromiso con una determinada forma de interpretar el pasado unida a la necesidad y propuestas de su transformación, dos gruesos volúmenes en los que desplegaba una no menos combativa historia de la guerra fría y una historia del mundo desde 1914, dos balan-

14.- Ricardo Robledo, «Josep Fontana 1931-2018. Historia y compromiso social» Blog *De re historiográfica*, septiembre 2018. Se refiere a *La crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Barcelona, Crítica, 1979, donde critica con dureza a la escuela de Pamplona de los historiadores del Opus Dei (Federico Suárez). Ricardo Robledo ha contribuido destacadamente, por encima de las retóricas necrológicas, a fijar el lugar de Fontana en territorios propios de la historia de la historiografía económica: «Josep Fontana y la Historia Económica» en *Investigaciones de Historia Económica*, vol. 14 (octubre de 2018) y «El infatigable zapador: la historia agraria de Josep Fontana» en *Historia Agraria*, 76 (2018), constituyen dos volúmenes imprescindibles.

15.- «La formación de un historiador marxista» en *Nuestra Historia*, 5 (2018), pp. 11-14.

ces finales que lo convierten en una especie de Hobsbawm español^[16].

Parece que entre los materiales inéditos que deja Josep Fontana se encuentra un libro que, con el inequívoco título de «La crisi com a triomf del capitalisme», editará próximamente Tres i Quatre y que presumiblemente reflejará la coherencia de sus análisis históricos y de su compromiso político casi cuatro décadas después del aldabonazo que dio con su *Historia* en 1982.

Por otra parte, conviene señalar que en los últimos años asistimos a un cierto retorno a Marx, pues los riesgos sistémicos que han acompañado a la crisis de 2008 han recuperado algunos elementos de la crítica económica y política de Marx a la sociedad de su tiempo, aunque esto es menos visible en el terreno historiográfico: hoy, desactivada la dimensión política del marxismo, es más habitual un reconocimiento generalizado sobre el hecho de que las aportaciones del marxismo al método histórico y a la práctica historiográfica contemporánea han sido innegables y de gran envergadura, incluso para quienes han escrito historia alejados de una identidad «marxista». Alguien tan poco «marxista» como Toni Judt, y con anterioridad a la crisis de 2008, a la vez que echaba en cara a Hobsbawm la persistencia de sus convicciones o militancias comunistas, escribía: «Sin embargo hoy las cosas están volviendo a cambiar. Vuelve la cuestión social de tiempos de Marx, cómo abordar y superar las enormes disparidades de riqueza y pobreza, las vergonzosas desigualdades en salud, educación y oportunidades... [...]. No hace falta ser marxista para reconocer que lo que Marx y otros denominaban ejército de reserva de mano de obra esta resurgiendo en todo el mundo... Así, al

mismo tiempo que perdemos de vista al comunismo, la caída de la URSS ha liberado a Marx de sus herederos y nos ha liberado a nosotros, y probablemente crecerá el atractivo moral de alguna versión renovada del marxismo»^[17].

Un historiador alemán de la historiografía, de común reconocimiento entre la profesión, Lutz Raphael, resume y sintetiza en su síntesis de historia de la historiografía en el siglo XX que «la investigación histórica marxista constituye, sin duda, la mayor corriente en el seno de la ecumene de historiadores [...], la investigación histórica marxista se convirtió en el siglo XX en el competidor más importante del modelo liberal de progreso, y, a su vez, en heredera»^[18]. Se puede constatar un cierto y visible retorno a Marx en el despliegue de un nuevo pensamiento crítico, así como que determinadas críticas académicas y políticas al capitalismo actual recuperan no pocos elementos de la crítica económica y política de Marx a la sociedad de su tiempo; no se esconden ni necesitan ocultarse, algo que parece más difícil encontrar entre los historiadores en general, como atemorizados por reconocer hoy el papel y la influencia de Marx en la concepción y en la práctica de los fundamentos del método histórico hasta hoy, temerosos de que solo su nombre, o el de marxismo, los pueda asociar con cementerios y cadáveres políticos. De modo que, en la actualidad, el relegamiento del marxismo en la historiografía -una especie de terra incógnita para los jóvenes historiadores o para seniores más olvidadizos que disidentes- puede ser considerado una desaparición debida a una derrota política e intelectual, aunque los más optimistas (Hobsbawm) interpretaron que

16.- *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente, 2011, y *En el siglo de la Revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Barcelona, Pasado & Presente, 2017.

17.- T. Judt, *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008, p. 143.

18.- L. Raphael, *La ciencia histórica en la era de los extremos*, Zaragoza, IFC, 2003, p. 133.



Josep Fontana y Carlos Forcadell en una conferencia en 2009 (Foto cedida por C. Forcadell).

buena parte del método histórico marxiano y de sus aportaciones se han integrado de modo natural y acumulativo en la práctica historiográfica hasta tal punto que ya no es necesario reclamarse del mismo, convertido en una referencia callada, una *tradition cachée* (Enzo Traverso)^[19]. Tampoco hay que olvidar que hoy, cuando en la historiografía y en la crítica cultural actuales se hace cada vez más visible la conexión entre las nociones de clase, raza y género: «los marxistas y sus organizaciones estuvieron en vanguardia de las tres mas importantes luchas de la modernidad contemporánea: la resistencia al colonialismo, la emancipación de las mujeres y el combate contra el fascismo»^[20].

19.- C. Forcadell, «Cultura obrera, historiadores y marxismo: de la clase a la identidad», en J. Gómez Alén (ed.), *Historiografía, marxismo y compromiso político en España. Del franquismo a la actualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2018, pp. 155-173.

20.- T. Eagleton, *Por qué Marx tenía razón*, Barcelona, Ed.

El legado de Josep Fontana a la historia de la historiografía se compone de esas dimensiones señaladas de docente y maestro, historiador y editor, es y será tan abultado como indiscutible, echará al olvido opiniones o pronunciamientos recientes, suscitados por presentes más o menos efímeros, que han sido objeto de manipulaciones simplistas a uno y otro lado de la barrera del «Procés» en el barullo de la actualidad^[21]; el paso y el poso del tiempo irá borrando el recuerdo de sus compromisos ciudadanos y políticos, como ha sucedido para los casos de otros historiadores eminentes del ayer próximo o lejano, quedando sus aportaciones al conocimiento del pasado y su ejemplo de pasión por el oficio de historiador.

Península, 2015, p. 205.

21.- El libro que fue objeto de más críticas por parte de la profesión historiográfica fue *La formació d'una identitat. Una història de Catalunya* (2014). Su autor nunca cruzó, en sus últimas entrevistas, la barrera del soberanismo y más bien se opuso a los proyectos e ilusiones independentistas.